EL VUELO de la hilacha

CARLOS OLVERA

narrativa

El vuelo de la hilacha

COLECCIÓN LETRAS

narrativa

Carlos Olvera

El vuelo de la hilacha

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

Consejo Editorial

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

El vuelo de la hilacha
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Carlos Emilio Olvera Avelar
© Patricia María de los Ángeles Maawad Robert, heredera

ISBN: 978-607-495-623-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/09/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México,
a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Presentación

El presente relato fue escrito por Carlos Olvera Avelar (1940-2013) a lo largo de al menos 25 años, a partir de la anécdota que él mismo escribiera en 1987 para el cuento "En Manga de Clavo", que en ese año ganó el segundo lugar del Premio "Juan Rulfo" de Radio Francia Internacional, entre un total de dos mil 200 participantes, con un jurado integrado por Fernando del Paso, Edmundo Valadés, Severo Sarduy, Luis Goytisolo, José Manuel Caballero Bonald y Claude Fell.[1]

Compuesto por la suma de narraciones que dan cuenta de distintos momentos del polémico personaje histórico Antonio

[1] El cuento se publicó en dos revistas literarias: en *El Cuento / Revista de Imaginación*, tomo XVIII, año XXIII, números 105 y 106, GV Editores, México, enero-junio de 1988, pp. 50-56; cuyo editor fue Edmundo Valadés, y en *Castálida*, número 57, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, México, primavera-verano de 2016, pp. 82-85; coordinada por Helí López Sandoval.

López de Santa Anna, *El vuelo de la hilacha* explora la relación que el personaje mantuvo con la comida, su inspiración más cara, para enhebrar de él una mirada crítica acabada en un depurado estilo, nutrido del amplio conocimiento de Carlos Olvera sobre la cocina y la historia de México del siglo XIX.

Mil veces corregido y vuelto a escribir, el presente relato fue motivado en gran parte por el crítico mexicano Emmanuel Carballo (1929-2014), quien primero animaba a Carlos Olvera a desarrollar una historia más extensa alrededor del cuento "En Manga de Clavo", y luego a terminarlo, para ayudarlo a publicarlo y difundirlo por su valor literario. Así se lo hizo saber el crítico a Patricia Maawad Robert, viuda de Olvera, cuando ella le presentó el escrito inédito: "Tiene usted una extraordinaria joya en sus manos; yo le ayudaré a publicarlo", le dijo. La mala fortuna impidió que Carballo diera cauce a su intención, pues la muerte lo sorprendió a los pocos días de su ofrecimiento.

La paciencia es buena consejera, sin embargo. Los lectores de la obra de Carlos Olvera Avelar encontrarán aquí el desarrollo de la construcción de un personaje, citado en primera y tercera personas, con el estilo narrativo de un autor que nunca buscó los reflectores y que trabajó casi en secreto la última versión de su relato, dividido en 11 estancias, hasta lograr los rasgos definitivos de su protagonista en un excepcional retrato. Al publicarlo póstumamente, sus editores rinden un homenaje a la prosa de uno de los escritores más notables del Estado de México.

¿Quién fue Carlos Olvera?

Nació el 9 de diciembre de 1940 en Nuevo Casas Grandes, Chihuahua, Carlos Olvera vivió desde 1950 en Toluca, Estado de México; estudió historia en la Universidad Autónoma del Estado de México; su pasión por las artes lo llevó a estudiar dirección teatral en la Universidad Internacional de Teatro de París, Francia, y a ejercer también la dirección cinematográfica, el periodismo, el magisterio, la crítica de arte y la promoción cultural.

Se desempeñó como profesor de francés y de literatura española en la escuela preparatoria, fue fundador y director de la Casa de Cultura de Toluca y de la Compañía de Teatro del Estado de México. En la década de los años sesenta, Carlos Olvera dirigió obras de su autoría y del Teatro del Absurdo, un lenguaje inusitado para la escena de entonces en la capital mexiquense; esa actividad dio origen a la fundación de la Compañía Universitaria de Teatro de su *alma mater*, de la cual él fue su primer director.

Fue columnista del periódico *El Sol de Toluca* por 23 años continuos; colaboró en diversas revistas y periódicos nacionales y extranjeros, así como en el Sistema de Radio y Televisión Mexiquense. Desde 2004 fue miembro de la Comisión de Planeación del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de México, cuyos becarios de teatro lo tuvieron como guía.

A partir de 2001 y hasta su muerte, Carlos Olvera Avelar fungió como director del Museo de Arte Moderno del Estado de México, recinto que hoy lleva su nombre; durante su gestión, el museo alcanzó un reconocido prestigio y una envidiable capacidad de convocatoria que lo inscriben en la lista de los grandes museos

de la actualidad en México, pues en él se expuso obra del más alto nivel, por encima de otros museos de América Latina igualmente prestigiados.

Su obra se concentra en cinco títulos: la novela *Mejicanos en el espacio* (1968, 2000 y 2014); el libro de relatos *Tolucanos* (1977, 1978, 2000 y 2014); la antología propia *El flujo de la mariposa* (2005); la colección narrativa póstuma *El colmillo del gato* (2014), y el libro póstumo de prosa y poemas *Esperando a Cortázar* (2016), con dibujos de Leopoldo Flores. De 1964 a 2013, Carlos Olvera publicó cuentos y relatos en antologías colectivas, revistas, periódicos y programas de radio y televisión.

La suma de esa ilustre aportación a la cultura del Estado de México lo hicieron merecedor por unanimidad de la Presea "Sor Juana Inés de la Cruz" 2012, máximo galardón otorgado por el Gobierno del Estado de México a sus habitantes más destacados. Carlos Olvera Avelar murió el 28 de enero de 2013, a los 72 años de edad.

Porfirio Hernández

Sr. D.n Vicente Mendoza

Mejico

Habanas 7 de diciembre de 1.845.

Estimado amigo. Tengo a la vista la grata de V. julio 29 del fijo. de cuyo contenido, me es satisfactorio porque me manifiesta es constancia y lealtad. Nunca olvidaré que fue V. uno de los que me acompañaron hasta el momento mismo en que me separé del ejército: este recuerdo me impulsa a enviarle mis memorias por conducto de mi amigo el sr. Aguirre.

Como según todas las apariencias debe haber habido ahi un cambio de cosas, no dudo que se pensara en la guerra contra Tejas, cuya demora le es a V. tan sensible como debe serlo a todo buen mejicano.

Yo sigo con salud, y lo mismo mi familia... No sólo hemos hallado aqui un temperamento análogo al nuestro, sino también una acogida lisonjera por parte de estas autoridades y habitantes que no cesan de manifestarme el mayor aprecio.

Consérvese V. con salud, y mande cuanto guste a su afmo. amigo y S. S. L. S. M. B.

A. L. Sta Anna

La mañana del 1 de enero de 1832, el general Antonio López de Santa Anna amanece con un gusto agrio en la lengua grisácea, entre los dientes se filtra un eructo, nacido como una burbuja herrumbrosa, en el estómago. Recuerda, de la cena, trozos de pichón nadando en una salsa oscura. El desayuno que acaban de servirle consta de huevos duros, molletes y pastelitos, chocolate, leche, tortillas y longaniza frita en chile verde. El general está incómodo: al chocolate se le ha apagado la espuma.

Carlos Olvera
"En Manga de Clavo", 1987

Capítulo I
Aquel banquete

A pesar de que la preparación de ese banquete tuvo sus bemoles y dificultades, todos los animalitos que nos comimos fueron sacrificados con todas las de la ley y como Dios manda. Incluso las verduras fueron respetadas y tratadas con gran comedimiento. Durante la víspera, yerbas de olor y legumbres fueron recolectadas por las amorosas manos de Rosina, y de las gemelas Lucrecia y Pilar, las tres comandadas por la más bella flor de la hacienda, llamada por todos niña Aurelia, la hija menor del caporal.

Los procedimientos de la comilona fueron previstos con el mayor cuidado y los platillos preparados según los cánones de la gran cocina. La patria así lo requería por la importancia e influencia de todos y cada uno de los invitados a la ilustre mesa, donde los lugares se distribuyeron de acuerdo con las ideas políticas de

cada uno. Junto a un pobrete republicano no debía sentarse a un atildado monarquista, ni astrosos exinsurgentes junto a estirados exrealistas. Elemental.

"Son demasiados miramientos", me comentó el Presidente en una de sus pasadas de inspección a la cocina. "Ya son demasiadas concesiones para los gorrones de siempre, verdaderos hijos de la chingada. Esclavistas y explotadores, además de que México les vale madres", remató.

Por decir algo al respecto de las damitas que acompañaban a los asistentes, eran de ilustres familias, formadas escolarmente por institutrices europeas que les enseñaron francés e inglés. Otras aprendieron a bailar el vals con unos muchachos pálidos que resultaron ser húsares expulsados de Viena y que pobres, después de salir corriendo del imperio austrohúngaro cuando los sorprendieron robando el forraje de los caballos de la guardia del emperador, vinieron a colocarse como instructores de las guardias de corps del Presidente y ahora quieren ser mexicanos y tener sus tierras. Desean engendrar hijos criollitos que añadirán al paterno Schulz, Müller o Helmholz, el Pérez, Gómez o Hernández.

Estas nuevas familias de la corte santaannista reciben las primeras letras con agrios curas de sotanas espolvoreadas de caspa, o con ancianos preceptores de levita tornasolada por la pobreza de años. Inculcarán a estos ciudadanos del futuro la obediencia a López de Santa Anna, que —dicen— tiene el deber de gobernarlos hasta que le queden fuerzas. De lo contrario, insisten y repiten, existe el riesgo de que los retardatarios encumbren hasta la presidencia al primer espantapájaros que se les ponga enfrente ofreciéndoles cambios y tranquilidad.

"Para esa comida hubo mucho celo y gran cuidado, todo bajo mi aguda y escrutadora mirada", dicen que dijo el Presidente. Entre los invitados de honor figuraba el mismo arzobispo de México, que por esas fechas andaba de gira dizque pastoral por el rumbo, jalando las orejas de muchos curitas reacios a mandar más dinero a la arquidiócesis, verificando personalmente los libros de cuentas de todos los curatos de dudosa probidad y, por consecuencia, conquistando animadversiones de patronatos, hermandades y cofradías. En esa ocasión trajo cuatro monjas para que se metieran a las casas a vender estampitas milagrosas entre los criados, cosa que al Patrón no le gustó porque distraía de sus obligaciones a su gente. Les llenaban la cabeza de humo místico, de inútiles esperanzas para alcanzar la santidad mediante un programa de limosnas a mediano y largo plazos, de certezas, de indulgencias y de audiencias garantizadas con el mismo Dios Padre en paquetes especiales de pías finanzas. Anotaban el nombre del dadivoso en una lista de espera para ser recibido personalmente por el gran Dios una vez que hubieran pasado a mejor vida.

La jefa de las mucamas mostró una vez al General, muy oronda, un papelito con la hora y fecha en que su alma sería recibida por el Creador en entrevista privada, el nueve de diciembre del año terrenal de dos mil doscientos treinta y nueve, a las diez de la mañana. "Faltan muchos años, mi Señor", le dijo. "Pero pa' las almas en gracia el tiempo de los mortales no es nada, la espera no se hace larga".

Pero para no desviarme del asunto, con la comida todo salió regiamente, tanto, que el peninsular dijo que no habría comido mejor ni en la mesa del rey de España. Frente a la mesa del Jefe Mexicano fueron colocados seis pajes y detrás de la silla principal

tres ayudantes para cuidar de su persona, todos con humilde y respetuosa actitud, adivinando sus deseos. Se sirvieron dos sopas, tres relevos, dos supernumerarios de cocina, cuatro entradas, dos intermedios, dos ensaladas, dos piezas grandes y tres asados. Algunos ya no llegaron a los postres, más por razones de salud que por falta de apetito. "A mi juicio", nos comentó don Antonio semanas después, "estuvieron particularmente sabrosas la trucha a la genovesa y la pípila con criadillas de tierra, aunque yo las hubiera amasado con unto nuevo y luego las habría picado después de escurrirlas en una coladera".

Recordando al azar, y para colaborar modestamente a la credibilidad del Señor General, doy testimonio de que los patitos que nos comimos estuvieron en infusión de agua de tequesquite y rabos de cebolla durante veinticuatro horas, con centinela de vista y santo y seña cambiado cada noventa minutos, para evitar que algo trastornase el procedimiento. Los oficiales del Estado Mayor discutieron como verdaderos estrategas la posibilidad de imponer su elección y ordenar que se prepararan patos *en sustancia verde*, y no a la *vejestoria*, como yo había ordenado el día anterior.

"Negativo, señores oficiales", dije. Con sólidos argumentos les hice ver su equívoco, que era garrafal error político: con tanta espinaca cocida y molida el plato queda demasiado subido de color, demasiado verde, y a estas alturas de la historia patria mucha gente tonta anda ya identificando ese color con las simpatías por la república federal. Mucho cuidado. Además, los patos a la *vejestoria* se cubren con una ensalada multicolor que se revuelve bien, y todo mundo contento, amén de darle vistosidad, que es lo más importante. "Por favor", les dije. "Aquí no se hable de las profundidades

de la vida. Aquí necesitamos ver primero cómo está la cosa por fuera, no interesa saber qué hay debajo del cascarón. Son idioteces. Lo que no se ve no vale la pena". Digo yo, si no, ¿entonces para qué hizo Dios los colores y las formas?

Al terminar de comer, don Antonio hacía grandes esfuerzos para tratar de explicar a los ministros de España y Francia, con muy pocas palabras, en qué consiste la virtud de gobernante, pero no les interesaba. Siempre hacen como que no entienden, como que se quedan con la mente en blanco cuando quiere que comprendan por qué los mexicanos aman a su Señor como a un padre cuidadoso de todos y cada uno de sus hijos, todos importantes, todos pegaditos a su corazón de árbol padre, de pie de cría, de gallón de todas las pollitas. El diplomático de España presiona siempre para que se le revele cómo se torea al arzobispo cada vez que alguien sataniza el estilo de gobernar. También quiere saber qué se ha prometido a los banqueros del extranjero. El francés estaba poco interesado en las maniobras financieras. Él solamente quería presentar a las bailarinas de Marsella que venían en su comitiva, y recomendaba muy especialmente a una tal Ivette. Las otras nenas amigas del ministro eran como una ensalada, o más bien, como una *bouillabaise*. Cuando llegaron, a manera de escolta del francés, causaron gran revuelo y alboroto entre los notables y sus mujeres, a quienes empezaron a ver como a secos pergaminos.

Para zafarse de la engorrosa sobremesa y poder enterar a los diplomáticos de sus virtudes como estadista, el Jefe les propuso retirarse en *petit comité* —con las muchachas— a un saloncito, para departir con cierta tranquilidad. Les platicó cómo protege las buenas costumbres en la ciudad de México, hasta el extremo de cuidar

las buenas maneras en los teatros de la capital. Muchos europeos ni siquiera estaban enterados de que se supervisa y vigila con gran interés a cada una de las compañías de teatro y danza. No querían creer que se controla hasta los espectáculos del circo, que son para la calle y sólo entretienen a palurdos e indios. Como ya estaban borrachos no escuchaban las palabras del anfitrión. El español hablaba a gritos sobre las cosas de su tierra y pintaba el cuadro familiar con Madre Iberia e Hijito Anáhuac, mientras su mirada reposaba sobre los pechos de Claudine. Al mismo tiempo ensalzaba con vehemencia los valores de nuestra sacrosanta, única y verdadera religión. Describía con grandes ademanes la magnificencia de las catedrales ibéricas, afirmando que sus cúpulas ostentan forma de tetas. También alababa la belleza de las mujeres españolas, asegurando que las muchachas de Almería tienen las caderas de azúcar y los pechos de almíbar, y que nada hay más dulce que los besos de una malagueña.

El francés hacía como que no escuchaba la conversación, e hizo muecas de disgusto cuando el hispano comenzó a ponderar a las mujeres de España. El enviado inglés apretaba contra la pared a Gervasio Reyes, un muchachito con cara de ángel que llevaba un año al servicio de la casa presidencial. El británico lo besaba en la boca y le pasaba las manos por el pecho. Le decía: "Mira, Gervasio, estos lerdos paisanos tuyos son palurdos desde la cuna, tienen la mala sangre desde el principio de sus tiempos infames de carnicerías rituales, no merecen más que palos y hambre, no serán nunca dignos de nuestros desvelos ni de la generosidad de las naciones civilizadas de la Europa ilustradora".

Después quisieron que se hiciera la traducción simultánea de sus leperadas, cosa que no se hizo porque se trataba de blasfemias que ni siquiera en los peores momentos nadie se ha atrevido a pensar, ya no digamos, a traducir… aunque, gracias a mis conocimientos de los idiomas ilustrados, soy capaz de hacerlo.

Después de todo, al Jefe le interesaba saber si los franceses le concederían los empréstitos solicitados. Le urgía saber si era cierto que les resultaba tan simpático como decían, si era verdad lo que decían en París, que veían en su persona a una especie de Napoleón de los trópicos.

Las carcajadas sonaban más descaradas conforme avanzaba la tarde. El humo del tabaco envolvía en atmósfera propicia para el ensueño y abandono. A una señal entraron los jaraneros con sus músicas y se aprovechó para desalojar a los colados. Los oficiales de la guardia —el temible comando Ocelotl— aparecieron aventando gente sin miramientos. El piso estaba muy resbaladizo por los pellejos a medio mascar que había escupido el perro del compadre Baldomero.

Hubo otro estrépito cuando el primo del marqués de Bradomín cayó desde la silla por espiar los naipes del juego generalicio contra el tejano Güilson. Los músicos siguieron tocando y las partidas de barajas continuaron. Las bebidas y los dulces iban y venían con la programada regularidad. La concordia internacional estaba a punto de florecer en los jardines, cuando el enviado español, que era nacido en Utrera, dijo que un paisano suyo que emigró a Nacogdoches, Texas, en 1822, le dijo que nunca había encontrado gente más floja, indolente y muerta de hambre que los mexicanos. El General perdió la compostura cuando el gachupín llegó a esa

parte de la narración y no quedó más que romperle una botella de buen coñac en plena jeta. Hubo confusión y ayes de dolor entre la concurrencia. Algunas viejas chillaban, más por argüende que por ser golpeadas, aunque hubo dos ancianas que resultaron con fracturas menores en tobillo y antebrazo, respectivamente.

Capítulo II
Cabalgan

Los capitanes Andreu y Solares cabalgan al lado del General Antonio López de Santa Anna, orgullo de la América Mexicana. El crepúsculo se anuncia en el vuelo nervioso de los pájaros, en el aire inmóvil.

Los dos oficiales galopan escoltando al Caudillo. Esperan la respuesta a la interrogación que le plantearon hace unos minutos: "¿Los *guauzoncles* servidos a su mesa el día jueves trece de los corrientes, en la comida, fueron de su entero agrado, Señor General?".

Acicatean los caballos para mantenerse junto al Jefe Presidente, que aprieta el paso alborotando nubecillas de polvo dorado. El dueño de todas estas veredas no contesta la pregunta, avanza como perdido en sus pensamientos, pero va contento.

"No se preocupe usted, mi gran Señor Papacito", le había susurrado esa mañana muy temprano Ana Fructuosa, muchacha del servicio de la casa grande, trigueña que ríe sin provocación y siempre mira al Jefe como al dios tutelar de la vida caliente y despreocupada de Veracruz. "Usted no se preocupe, ni se incomode, ni se apure", repetía la moza al sentarse a los pies de la cama, para despertarlo ofreciéndole café y pasteles.

Esa mañana, el Señor Principal espantó las pesadillas acariciando los muslos de la joven. Las primeras horas de la noche habían sido las mejores, plenas de los pulsantes sueños de grandes catedrales en una tierra ya olvidada y llena de patriotas, en la imperial Méshico, ciudad de grandes avenidas y majestuosos atrios, con obispos y arzobispos que esperan, todos con picudos gorros, para cubrirlo de palios y llevarlo a procesiones; con discursos, misas y tedeums, coronaciones y solemnidades. Sueños de encarnizadas batallas, cuando millares de gringos son exterminados con una mirada fulminante. Franceses e ingleses rindiendo pleitesía al Aníbal mexicano. Escaramuzas y actos de único heroísmo, acciones abnegadas y obsesivos retornos triunfantes a la gran ciudad de pachangas civiles y litúrgicas. Esa mañana, la tersura de la muchacha y el aroma del café devolvían al cosmos los contornos de lo real veracruzano.

El hombre fuerte de México se había mirado al espejo que le puso enfrente la doncella. Mirar su propio rostro siempre le ha infundido confianza. "Por fin, algo de coherencia en este desmadre nacional, que por serlo es universal", eructó, disfrutando del familiar golpecito en el esófago, de adentro para arriba, hasta la lengua cubierta de sarro verdoso. "Casi tan verde como el verde de

nuestro pabellón", había reflexionado. "Probablemente las ranas que almorcé ayer no estuvieron bien preparadas".

Andreu acaba de gritar para que su Jefe lo escuche, que los *guauzoncles* son plantas hortenses que producen en su extremidad un ramillete de florecitas blancas, que es lo que se come. Se desgañitó para ser oído por encima del ruido del galope, al ir bajando la ladera.

Le ha costado alcanzar al Patrón, buen jinete, que todavía no ha contestado la pregunta, ni dicho si le gustaron o no los *guauzoncles*, o si todo le da lo mismo. El Jefe sólo revisa el horizonte con la mirada y dice que digan que él no dice nada, aunque siempre habla y habla mareando y embalsamando con palabras que ponen a todos a flotar en una miel tibia y aguada que no llega a endulzar nunca. Don Antonio va imaginando, catando y saboreando con intensidad comprometida y personal el aroma y la textura del *guauzoncle*, yerbilla de ciertas altitudes, no muy amiga del vino sino del pulquito. "A ver, que llamen a los escribientes", parece decir.

De pronto, se lanza a una galopada muy cansina por lo arrebatado de sus modos y las indecisiones con que pretende guiar a los oficiales de su escolta. Tan pronto sigue una vereda como la otra, o la de más allá, sin rumbo ninguno en su trayecto, sin brújula ni plan, siguiendo el rastro de un olor o un resplandor inesperado; otras, dejando que el animal lo lleve, o por inspiración repentina. Después de muchas vueltas, y ya bajo la luz de la naciente Venus, llegan con mucho ruido al patio de la hacienda, entre gritos y órdenes, en medio del retín de las espuelas y herraduras. Los perros, con aliento húmedo y rabos agradecidos, ladran un poco diciendo bienvenido, amo. Luego salen los gatos a lanzar al Patrón unas

flechitas de miradas. Los burros rebuznan en los establos y todos, humanos y bestias, agradecen al Creador tener con vida y gran poder al General Santa Anna. Alguien dice por ahí, a la pasada, que el Señor siempre llega a tiempo para la merienda.

La llegada del Caudillo ha apresurado operaciones de chispa y resplandor. Los quinqués, linternas y bujías son alumbrados anticipando los últimos colores del día. La comitiva atraviesa los jardines y patios impregnados por los aromas del chocolate y la repostería. Al mismo tiempo, los ayudantes civiles de la hacienda, los solteros, van apareciendo por las galerías, afinando guitarras y saludando por su nombre a las muchachas del servicio, que prodigan sonrisas. Ellas son las encargadas de encender las luces de la casa grande de Manga de Clavo. Dan lumbre a las ciento diecisiete velas, setenta y ocho quinqués, treinta y dos linternas y dieciocho veladoras.

Don Antonio se lavó la cara y las manos con jabón y agua tibia antes de sentarse a la mesa. El peine y cepillo mojados en perfume de jazmín dejaron apelmazado el cabello del complicado rulo por encima de la nuca. Sobre las orejas y la frente, su cabellera oscura hace resaltar los ojos brillantes de anticipación ante lo que será servido por las mujeres que van y vienen entre susurros, "para no molestar al Señor, para que no se le vaya a echar a perder la digestión". El mantel no debe tener ni la más pequeña arruga, no sea que se vaya a atorar el viaje de algún tenedor en busca del bocado de codorniz, no sea que se le enrede alguna uña mal cortada, o mal mordida. Es impaciente. Si le hacen esperar algún platillo, empieza a mondarse las uñas con los colmillos hasta hacerse sangre. Luego sólo podrá calmar su nerviosismo con medio litro de vino Chablís.

Las mujeres alisan con las manos un último pliegue del mantel blanco, donde contrasta el bronceado de los bizcochos. Los hay de mantequilla, de pulque, otros llamados *embebidos*, y los muy modestos, pero sabrosos, de maíz. El Jefe en persona prepara los de pulque en sus buenos momentos de inspiración. Primero prueba el *neutle*, se bebe unos tres litros y utiliza dos para amasar la harina con huevos y manteca. Antes de mandarlos al horno les da forma de triangulitos, y cuando están cocidos los parte donde hizo una previa rajadura con su daga, siempre bien afilada. Por último, los tuesta y espera hasta que estén listos. Un día al probarlos, después de sacarlos de la parrilla, le llegó un saborcillo amargoso en el nacimiento de la lengua, casi en la garganta. Inmediatamente atribuyó el mal sazón a una causa externa, proveniente de afuera y no de adentro, seguramente causado por los efluvios de los enemigos políticos. Puso el remedio de inmediato con dos o tres decretos, uno o dos fusilados por ahí, tres o cuatro desaparecidos por allá y muchas peleas de gallos y corridas de toros, carreras de caballos y rapto de muchachas. "Así la cosa se pone más dulcecita", dicen que se le oye decir.

El Señor, ante la charola de bizcochos, se queja con su esposa. Le reclama que no hayan hecho *panecitos de la Concepción*. Mientras habla se ha dado cuenta de la cercanía de una de las sirvientitas, y con rapidez atrapa una de las manos de la muchacha para arrebatarle un plato con galletas de almendra, pero la asusta al olisquearle la mano y comenzar a chuparle la mermelada de naranja que la chica traía embarrada en los dedos. Después de pellizcarle una oreja, le permite marcharse.

La señora expresa que ojalá todo sea del agrado del esposo. Le habla de usted y en voz baja. Detrás de ella seis mujeres aguardan órdenes. De una jarra que humea le sirven un chocolate que brilla en la aromática espuma. La casi transparente taza de porcelana china luce un ribete dorado a lo largo del borde. Los húmedos labios del Caudillo hacen forma de tubo para sorber la bebida casi hirviente.

La esposa rinde el parte doméstico de novedades: la pareja de clarividentes que mandaron llamar acaba de llegar. Vinieron desde Toluca por recomendación de la familia del capitán Solares. Son gente rara, a juicio de la señora, pues la mujer no ha querido quitarse el rebozo ni para sentarse a comer, y el marido no suelta una petaquilla de cuero amarillo. "Probablemente ahí trae los sortilegios", agrega. El General escucha. El primer sorbo de chocolate apenas va bajando por su gaznate. "Es posible que también nos enseñen a preparar algunas de sus recetitas de cocina", añade la dama, dando por terminado el informe de las novedades de la tarde.

"Si además de descubrir los tesoros enterrados de Moctezuma, me ayuda con la buena receta de los *guauzoncles*, me daré por bien servido", dice el hombre. Sostiene que la soberanía de nuestros sabores mexicanos le demanda estar al tanto de todos los elementos de nuestra identidad. Pide a los escribientes no dejar escapar sus palabras al respecto de una idea gástrica: "Que en el plato haya jamones fritos en su misma manteca, y chorizón y longaniza también fritos". Y luego hay quien dice que remató con un "¿Qué os parece, cabroncitos?".

"¡Acertadísimo, Señor!", dijeron todos los presentes.

La cremosa leche del chocolate apacigua la lengua y hace olvidar los amarillos moles de Campeche que le dieron en la comida, permitiendo al cacao y al azúcar abrirse paso hasta su alma. Aprueba con gestos de aceptación. La señora Santa Anna trae a los visitantes, que vienen siguiéndola con trotecito medido y silencioso, escudándose tras ella, con la mirada baja ante la proximidad del Jefe, sin atreverse a llegar hasta la zona iluminada por los candelabros de la mesa principal. El hombre es un gordo que suda, mira de lado y parece desconfiar de todo. La mujer, robusta y blanca, tirando a colorada, sonríe ampliamente. Son Honorio Blasco y su esposa Asunción, mejor conocida en sus fríos lares como Chonita, o Choni, para los íntimos.

El Jefe sigue tragando enteros los trozos de bizcocho, estirando el cuello. Tose y llena el mantel de goterones pardos y chorreaduras pegajosas. Despejan la mesa de los trozos que el Señor escupe cuando mastica y habla al mismo tiempo. "Quiero leche fría sin hervir con un pedazo de calabaza. ¡Muévanse!".

Después de presentarlos, la señora dice que son personas muy honorables, que son capaces de preparar más de ochocientos platillos diferentes sin consultar recetario, expertos en la preparación de fiambres, siendo los más conocidos sus siete variedades de chorizo verde. También inventores del ya famoso chorizón de jabalí *a la diabla*. Cuando habla el marido, dice que ella, Asunción, su legítima mujer, siempre ha sido muy impresionable cuando se encuentra ante la verdadera grandeza. Sabe percibir las influencias astrales y gracias a ello puede ver lo genuino debajo de la cáscara mundana cuando ejerce la capnomancia, esa olvidada ciencia que adivina el

futuro mediante la lectura del humo, y muchas otras virtudes más, que adornan a la presente.

Solares está inquieto porque no estaba planeado que el visitante tomara la palabra más que para decir "mucho gusto" y alguna otra fórmula de cortesía. Y luego la vieja se pone a cacarear. Cosa rara, el Jefe parece interesarse de verdad en lo que le dicen los tolucanos. No es común que él acepte que cualquiera le dirija la palabra sobre temas que no han sido escogidos de antemano por él mismo. No le gusta estar ante extraños sin tener ya las respuestas preparadas. Le gusta hablar de cosas importantes, y cuando le hablan de dinero en toda su persona se produce un notable cambio: se yergue, y su total atención se le concentra en los ojos y en las orejas, que parecen parársele y hacerse más grandes, abombadas y puntiagudas. Los ojos se le hacen más redondos y oscuros, con unos puntitos plateados en el mero centro de las pupilas.

Honorio le dice al General que esa humilde mujer, su esposa, servidora suya, es tan sensitiva que puede llegar hasta las lágrimas cuando detecta una mentira flotando en el ambiente, que puede recibir toda clase de mensajes de las divinidades primordiales y capaz de entablar comunicación mesmérica con el más allá y sus espíritus descarnados. Añade que es sortera y ducha en la *genetlíaca*, que enseña a predecir la fortuna por el día del nacimiento. Dice que la facultad más importante de su mujer es que frente a ella nadie puede decir mentira, que si por casualidad a alguien se le ocurre soltar embustes estando ella presente, inmediatamente se verá su cuerpo cubrirse de erupciones y ronchas, de extraños chipotes y palpitaciones blasfemas, muy especialmente arribita de las nalgas.

El General se ríe y escupe trozos de bizcocho. Los goterones de chocolate salen expulsados por un potente golpe de pulmones. Se escucha esa su fuerte tos, la que también le da por puros nervios, cuando ordena muertes y represalias. A contraluz de las velas se mira el rocío parduzco del chocolate bañar toda la mesa.

Cuando el Jefe quiere, sabe cautivar con arengas intensas. Ahorita les dice a los fuereños que se pueden preparar más de treinta clases de chorizo. Dice que cuando vinieron a visitarlo unos amigos de Tejas le contaron que algunos de ellos habían comido puros conejos durante cuatro meses. Unos asados, otros cocidos, otros crudos y todos sin sal, porque habían quedado sitiados por los indios salvajes y no podían conseguir nada para la cocina. Bueno, no tenían ni chilitos ni aceitunas.

De seguro que se le hace agua la boca cuando mira con la imaginación eso de los chilitos, las aceitunas y el chorro de aceite. Primero el olor, luego el súbito asalto del picante llenando la memoria de la lengua con brasitas que encienden los demás sabores.

Una quemazón de chispazos en las mucosas que se inflaman y duelen con gran gusto. Oleadas de alfilerazos ardientes desde los labios hasta el gaznate. *Enchiladas*, *panes de cazón* en chile habanero, los *menudos* y las *pancitas*, meros tecnicismos para el placer de fuego, para el éxtasis candente, para la bienaventurada experiencia del resquemo.

Sólo se escucha el chorrear del bizcocho empapado en chocolate encima del mantel, en su camino hasta la boca del Jefe. El chapaleo de la mordida húmeda. Los labios golosos del Amo del país, relucientes del líquido que escurre a los lados de la boca haciendo torrentitos por las mejillas. Ya pasó media hora desde que llegaron

los visitantes, y eso es muy raro porque el General despacha todos sus asuntos en cinco o siete minutos, cuando mucho. Sin palabras, convoca a la pareja a acompañarlo al rincón de la sala grande, hasta los divanes bermejos forrados de terciopelo manchado con antiguos derrames de café, licores y otros fluidos anónimos. Conversación discreta con la mujer, que cruza una pierna al sentarse y permite que la enagua se levante por encima del tobillo, casi descubriendo la pantorrilla. La voz de mando ahora se hace confidente. Les relata que durante una de sus pesadillas sentía que se ahogaba en un chocolate oscurísimo y espeso, que trataba de salir nadando, pero siendo aquel pantano empalagoso más fuerte que él y sus ejércitos, poco a poco se iba hundiendo sin remedio, gritando para que alguien lo socorriera, sufriendo con espantosa anticipación las mil muertes del pendejo. El chocolate comenzaba a metérsele por las narices cuando se dio cuenta de que estaba en medio de una de esas pesadillas de las cinco de la tarde. El calor de la espesa bebida que lo ahogaba no era sino el aire de la habitación cerrada, a esa hora impregnada de tufos asfixiantes.

La mujer le dice que esos sueños son muy proféticos, que son signos agoreros que se reciben del otro mundo y que el común de los mortales no podemos interpretar. Según ella, lo del chocolate espeso significa que Su Excelencia encuentra muchos obstáculos puestos por los enemigos de su noble causa patriótica. El Jefe le sirve una sexta copa de coñac. Ella afirma que las estrellas se muestran favorables para él siempre, desde que su muy venerable y respetada madrecita tuvo a bien darle nacimiento, desde que la semilla de su honrado padre fue depositada en el casto vientre. Después, cuando la piadosa España nos dejó andar solitos —gracias a sus

esfuerzos como Gran Libertador Insurgente— la providencia ya tenía destinado el destino de Su Excelencia, tan paternal, sabio y dedicado a su pueblo como pocos soberanos lo han sido en la historia del mundo.

La mujer suda y parece rejuvenecida. Las palabras que vomitó produjeron efecto en los ayudantes, que despertaron de la modorra que los tenía disimulando bostezos, recargados en las paredes. Los mozos que limpiaban la mesa tratan de no perder el hilo de la conversación. El amo se afloja el pantalón en la cintura y comienza a reírse con una expresión de "se los dije", dibujada en el semblante. La vieja sigue diciendo, ya envalentonada, que Piscis y los chingamadrales de pescados nunca se acabarán tierra adentro, en los lagos de Cuitzeo, Pátzcuaro y Chapala; que Capricornio viene con sus chivas, que aunque nomás tragan puros huizaches y mezquites dan una carnita sabrosa que puede alimentar a millones de gentes, que todos podrán vivir muy contentos con *birrias* y *cabritos*.

Los que están cerca creen que el General le dijo algo así como "usted sí me entiende", muy entusiasmado por lo que ella le susurraba. Después ya nadie alcanza a escuchar los pormenores de la conversación que se va prolongando hasta muy tarde. La mujer, borracha, habla sin trabas y sin miedo.

El Jefe le hace confidencias relacionadas con las cartas que frecuentemente recibe de la América del Sur, que según el decir de los de la escolta, tratan sobre los llamados filósofos naturales, estrelleros y vaticinadores. A finales de cada mes llega la misiva de don Miguel Grau, un almirante peruano de mucho renombre que le habla de la ceraunomancia, o arte de adivinar el porvenir mediante el estudio de las tempestades, y que siempre reitera un odio tan

intenso hacia los chilenos, que morirá luego en una guerra contra ellos. Afirma que es preferible colindar con los salvajes tejanos que con los pérfidos araucanos y mapuches.

Algunos viejos supervivientes de la guerra de Independencia ya habían aconsejado a don Antonio que se consiguiera a una vieja clarividente. Con una de ellas al servicio de la causa sería más fácil madrugarles a los enemigos y descubrir las maniobras de los falsos amigos. Esta Asunción trae fama de poder señalar las mentiras escuchadas en una conversación cualquiera. Otros han oído que adivina la ralea de la gente por el modo de agarrar la tortilla para hacer un taco. Se dice que es capaz de conectar su psique con el espíritu de una persona solamente con oler el asiento que acaba de abandonar y que sus giras como cocinera sabia son solamente la pantalla para poder ejercer sus artes sin interferencia de los curas.

Ahora, borracha y con la respiración entrecortada, está hilvanando visiones. Salmodia agüeros, aprieta el cuello de la botella de coñac y habla de un pálido capitán Róberts que iza una bandera de barras y estrellas en el palacio de Motecuzoma, de un carnaval de sangre y gritos en la plaza, de balaceras, muertos tirados en las calles y de muchos, ¡muchos zopilotes que ya vienen bajando!

Nuestro General se altera con el relato de la visión. Se desespera y sacude a la mujer. Le grita que siga con las visiones, que no le importa saberlo todo, aunque sea contra sus deseos, que por favor hable libremente. Asunción prosigue después de otros tragos de coñac, farfulla que un general Escot entrará a caballo por la puerta grande del Palacio Nacional, que las hordas de léperos entrarán y lanzarán por los balcones de arriba, como serpentinas, las resmas de papel oficial.

Al Jefe le tiemblan las manos, pero quiere seguir escuchando.

"Güínfil gritará: '¡Pinches grasientos, chillan como marranos en el matadero en vez de haber defendido como hombres su mugroso patrimonio de cenizas antiguas!'". La chusma hará remolinos desbocados abajo del balcón principal. Tinteros y escupideras pasando de mano en mano. ¡Güínfil Escot en su hora de gloria! ¡Que Dios nos agarre confesados!

Capítulo III
Chicharrones truenan

Aquí nomás mis chicharrones truenan. Aquí nomás mis fuentes brotan. Esto es mío y aquí, en el centro de mis circunstancias, hasta los perros me conocen. Acá, siempre muy por encima de mis amadísimos paisanos, inocente morrallita de suaves maneras y ocasionales gritos broncos, rebañito de pendejos. Si no fuera por mí, esta águila del escudo patrio estaría ya bien pelona y esa serpiente cóatl ahora sería puro gusano de maguey, un vil chinicuil, sólo bueno para botana a la hora de la copa. Los nopales del emblema nacional serían yerbajos pestilentes y, el lago inmemorial, charcos emponzoñados y salvaje cagadero.

Míster Adams: ponga ahí en sus periódicos que también sé hablar en inglés. Usted escriba todo esto que le voy diciendo, pero póngalo en su idioma, para que todo el mundo sepa que ya somos

una nación independiente, libre, civilizada, católica, educada y soberana. Aquí todas las personas visitantes son tratadas según su condición. Yo puedo servir de ejemplo.

El tratamiento que se da a mi persona debe ser en extremo cuidadoso en cualquier lugar y circunstancia, pues requiero de especiales atenciones, personalizadas a la medida de mi rango. Cuando, a causa de los avatares de la administración pública he de salir en gira de trabajo, todos deben seguir al pie de la letra los pasos y procedimientos que figuran en el manual instructivo que se ha redactado para ello, porque debe saberse que a mí no se me puede recibir así como así. En todas mis salidas oficiales hay un ceremonial muy estricto. Puedo incluso tolerar que se me reciba con una cierta hipocresía, pero jamás con sencillez. Quizás con una no muy escondida traición, pero nunca con pobrezas ni con simpleza. Nunca. Me es imprescindible saber cómo seré recibido por las autoridades locales, o por los anfitriones de una hacienda, según sea el caso. Para los clérigos hay un instructivo especial que incluye latinajos.

Debe informárseme del cómo y del cuándo de las bienvenidas oficiales, porque conmigo nada que se parezca a la informalidad, al incivilismo o falta de buena crianza. Conmigo van la ceremonia y el protocolo. Siempre me acompaña el ritual en todo lo que acontece a mi alrededor, hasta en los más insignificantes detalles de la apacible vida doméstica. Yo debo conocer con suficiente anticipación los menús desglosados y detallados, especificando minuciosamente la procedencia y descripción de cada ítem que me llevaré a la boca. Las aves, debidamente registradas en lo que concierne a peso, raza y edad; las liebres y demás bestias de caza, clasificadas según la región de procedencia, así como las legumbres, guarniciones y

demás complementos del cocinar. Ocioso es decir que hay que ser exageradamente meticuloso y exigente en el cuidado de la alcurnia de los vinos. No he de consumir especímenes de dudosa calidad ni caldos anónimos de gusto popular. Nunca. Conmigo como invitado, todo deberá ser previsto, sobre todo el número de comensales que se planee sentar a mi mesa, pues de no mediar una prudente distancia entre uno y otro, resulta molesto el simple acto de llevarse a la boca unos *puches* de jamón, por ejemplo.

Nada hay peor alrededor de una mesa que las multitudes de babeantes aduladores que ni siquiera me dejan masticar a gusto, impidiéndome concentrar la atención en los sabores. Un chilito bien tostado puede hacer sentir su fragancia aun después de convertido en mole amarillo. Una rama de tomillo es capaz de insinuarse luego de haberse cocinado los pichones empapelados, ya rociados con canela y clavo molidos. Repito: si hay demasiada gente comiendo en un espacio reducido existe el riesgo de que los aromas se entremezclen y contaminen, pues mientras unos mordisquean costilla, otros sorben compota lado a lado de quien saborea *liendrecilla* de ternera. Y cuando llegan las confituras, los rellenos y mermeladas, pastelitos, picadillos y cremas y mazapanes es muy desagradable que al conversar todos escupan pedacitos que alcancen el rostro del vecino o vecina. Por todo ello establezco que la mínima distancia entre los codos de los comensales debe ser de dos cuartas, habida cuenta de que los obesos curas resultan ser más estorbosos y ocupan mayor espacio vital que los esmirriados y famélicos burócratas.

Tengo razón al pecar de escrupuloso en estos asuntos. Baste recordar una comida que ofrecí al cuerpo diplomático en febrero

del cuarenta y tres cuando los representantes de Francia y de España insistían en que el arzobispo, imponente gordo, se sentara junto a mí. ¡Gran desfachatez! Al negarme yo, no tardaron en afirmar que en este país se ignora la etiqueta de la diplomacia moderna, que dizque señala que cuando asiste un prelado de polendas, sea éste quien presida la mesa. Y yo me pregunto: ¿a santo de qué se dispone quién ha de sentarse a mi lado derecho? ¡Sólo eso me faltaba, que yo no pueda utilizar el espacio personal a mi total antojo! Como si cualquiera pudiese invadir mis cercanías y tenerme a tiro, como quien dice.

En mis mesas soy yo quien preside, quien marca los tiempos y ordena los platillos. Si la mentada etiqueta dice que con el segundo servicio se sirve vino de Montrachet o de Borgoña, yo puedo ordenar que se sirva con Pajarete, Pedro Ximénez o, ya de perdida, un Parras, que por ser de Coahuila resulta muy sabroso, aunque la etiqueta lo ordene para el tercer servicio. Yo con las ostras mando servir un Pouilly-Fuiseé o un Sancerre, aunque —otra vez— la etiqueta lo indique para el primer servicio. Además, los gorrones tragan sin chistar y se retacan cada que se puede, sin fijarse en los cánones de las buenas maneras.

"Ahorita que podemos hartarnos", dicen apoyándose en ademanes atropellados, con la panza llena de carnes picadas y estofados con y sin chile, delatándose como hambrientos profesionales, cuando deslizan furtivamente seis o siete empanadas al bolsillo de la levita, asegurando así la pitanza de la familia para uno o dos días. Ni saben ni les importa que un vino tintillo de Rota sea para un primer servicio, o que si lo combinan con un plato de alones de pollo

a la Buenavista pueden experimentar un verdadero éxtasis, casi religioso, con levitación incluida. Sólo les importa comer, y de gorra.

Por estas razones, entre muchas otras, uno de mis oficiales del estado mayor visita, con setenta y dos horas de anticipación, la casa que honraré asistiendo a algún acto del gobierno o de la vida privada. Se instruye a los dueños de casa sobre los protocolos indispensables que vienen con el honor de mi visita. Se les habla del importante papel que tienen las mesitas para ambigú, donde se colocan bocadillos como si esa casa fuera un jardín del edén a la manera del Islam, con abundancia en el paraíso para los hombres justos.

Estirar la mano y a la pasada tomar un *buñuelo de jeringa*, o una *bolina inglesa* con pasas, almendras y acitrón. Estas mesitas deben ser colocadas a trece pasos de distancia entre una y otra, así, a lo largo de los corredores habrá la oportunidad de pasear al tiempo que se come y se conversa, golosineando moderadamente… aunque siempre preocupado y ocupado por los asuntos de esta nuestra suculenta república.

A los dueños de la casa anfitriona les pedimos entregar todas sus recetas de cocina. Si no obedecen se hacen candidatos a una expropiación instantánea de vajillas, cristalerías y cubiertos, tal vez de alguna mantelería, en bien del interés nacional. Por supuesto, no se admiten trastes de tepalcate, ni esos adefesios multicolores de falsa talavera. Tengo la vajilla ideal mexicana, pero como es imposible trasladar los delicados cristales y porcelanas a lomo de mula cuando visito lugares apartados, me he resignado a comer en platos feos y a beber en copas corrientes. Baste saber que los nombres de Limoges y Baccarat me son harto conocidos. No progresaremos

como nación hasta que nuestro pueblo sepa apreciar el argentino retintín de la plata sobre las delicadas porcelanas y los finísimos cristales.

Para mí, estos sonidos forman la sublime música que acompaña mis procesos digestivos. Pero, si por alguna desafortunada casualidad, óigalo bien, si por azar mis ojos tropiezan con algo desagradable o francamente feo, es posible que me ofenda, marchándome al instante sin despedirme y sin esperar las disculpas de nadie. En consideración a mi susceptibilidad en materia olfativa, he ordenado establecer adecuadas atmósferas de olfacción en las habitaciones que pueda visitar.

El artículo primero del reglamento dice que cuando yo esté por llegar a la casa, rancho, cortijo o hacienda, las puertas deberán estar abiertas de par en par, con los miembros de la familia alineados sobre el lado derecho del corredor de entrada o cubo del zaguán. De este modo puedo ir saludando a uno por uno sin dejar de caminar hasta la sala, donde me estará esperando la silla o sillón más cómodos, junto a una de las ya mencionadas mesas de ambigú. Detrás de mí entrarán en orden jerárquico mi granadero personal y mis edecanes, cubriendo los movimientos de la retaguardia, impidiendo que los mendigos o los inoportunos me molesten con las frecuentes y estúpidas peticiones de pensión vitalicia para alguna anónima viuda o para huérfanos de la guerra de Independencia.

Siguiendo con el protocolo, el jefe de la casa tomará la palabra para describirme las características de su morada, su valor y otras informaciones pertinentes: número de integrantes de la familia, nombres y edades, pecados y virtudes, así como una idea general del peculio del patriarca doméstico. Una vez instalado yo en un

sillón de la sala, los demás tomarán sus lugares y permanecerán atentos y solícitos a mis sugerencias. Nadie debe acaparar la compañía de las quinceañeras de casa, pues son ellas quienes deben servirme los bocadillos y escanciar mi copa, todo bajo la escrutadora mirada de mis guardias de corps, granaderos y ordenanzas.

En los momentos previos a mi arribo, la servidumbre sahumará la entrada y los corredores que conduzcan a la mejor habitación de la casa o a la sala, donde también deben flotar en el aire los efluvios de discretos pebeteros, liberando humillos de alhucema o heliotropo. En casos extremos, si no se tiene ninguno de los aromas selectos que figuran en los inventarios de los perfumeros, puede usarse el incienso simple, como el de los templos, pero sólo en caso de urgencia y de no encontrarse a mano otro sahumerio. Lo que se considera absolutamente inadmisible es el copal. Reitero: contar con mi presencia es un privilegio.

Sin mi interés personal no habría ni víveres ni agricultura ni nada. De modo que si se respetan las reglas de la etiqueta en lo referente a mi persona, como consecuencia, los asuntos de la patria marcharán a pedir de boca. Conmigo nada de que: "A ver cuándo viene Su Excelencia a esta su humilde casa a compartir con nosotros aunque sea unos frijolitos". Nada de chiles verditos crudos y manteles con remiendos, burdamente planchados por torpe mano aborigen. Conmigo, ni vacas flacas ni piojerías, que por algo soy el Padre de todos los mexicanos, incluyendo a los tejanos. ¿Acaso creen que por tener unas tierritas han alcanzado ya respetabilidad ante mis ojos? ¿Se creen la nueva aristocracia mexicana, la nueva nobleza criolla?

A mayor bienestar gástrico, mayor estabilidad en mis prudentes decisiones y acertadas leyes. A mayor bienaventuranza duodenal, más estabilidad política. Colon tranquilo, equidad. *Rectum* expedito, progreso nacional.

Capítulo IV
Compadre

Muy estimado compadre:

Hoy le hablo muy seriamente. Usted sabe que todo lo que yo expreso lo hago desde la solvencia que me otorga mi calidad de Caudillo de la Independencia mexicana. Yo decreto, digo y opino, como gobernante de un pueblo amante de su soberanía, que, entre muchas otras cosas, la pimienta es importantísimo elemento para un desarrollo nacional estable y garantizado.

Siendo imparcial, veo con claridad que los mexicanos siempre estamos dando bandazos y que hemos vivido oscilando entre lo picante y lo desabrido. Hemos sido incapaces de reaccionar desapasionadamente y con equilibrio. Yo no tolero el aburrimiento de las perfectas repúblicas ni el tedio de las calmadas y aparentemente

felices monarquías. Estos extremos, querido compadre, van a ser conjugados por mí en un justo medio, conforme vaya civilizando poco a poco bajo mi protector dominio. Y mi entendimiento me dice que una de las vías más seguras para ir educando al pueblo en el desarrollo civil y político es inculcarle el buen uso de sabores y aromas.

Una modesta pero acertada teoría que me propongo lanzar al ruedo es que, en el universo total de los sabores, la pimienta es por sí misma un compendio de intensidades moderadas, un halo de cosquillas que rastrilla el olfato. Mire, compadrito, usted puede ser un buen juez de mis puntos de vista, ya que como buen hombre de mundo, bien corrido y experimentado, hay elementos de la vida que usted comprende a la perfección. Yo afirmo que si se usa la pimienta en exceso, se desata una picazón quemante que desgarra el hígado y el cuajar, sacudiendo hasta el bofe. Si se le escatima, su vida será simple y aguada, sin chiste, sin pena y sin gloria. Más o menos como pasa con la política, con la religión, con las revoluciones y las asonadas. Y, por supuesto, también tiene que ver con el carácter de los mexicanos, ya que unos vociferan mientras otros lloriquean y se quejan; otros matan sin razón y otros perdonan hasta las mentadas de madre. Nomás sabemos andar por los extremos, sin ningún justo medio que equilibre las situaciones.

Por ejemplo, mi estimadísimo compadre: si un día cualquiera, a media mañana, en despoblado, se me despierta el apetito y no hay a la vista nada que pueda servir de refacción, es claro que no apelaré a la palabra de un canónigo o a las máximas de un letrado para salir del apuro. En ocasión tal, utilizamos las reservas para salir airosos del trance. Reserva que debe ser equilibrada para que

mis actos resulten, como siempre, con esa misma calidad de mesura y ponderación. Y para el caso, es precisamente la *mortadela de pollo a la boloñesa*, donde abunda la pimienta, uno de los recursos más aconsejables para superar pasajeras crisis de hambre, pues se trata de una especie de salchichón muy solicitado por los amantes de la buena especia. Nada más para que se le antoje, compadre, le diré que se utiliza pura carne de pollo deshuesado, pero sin romper el pellejo, o como dice la gente del pueblo, copinándolo. Esta carnita, ya bien picada, se mezcla con otro tanto de salomo de carnero, criadillas de tierra, jamón y lardo. Después de revolverlo todo muy bien se agregan cuatro yemas crudas de huevo y algo de nata de leche, yerbas finas, especias varias y sal y pimienta. Luego se retaca todo en los pellejos vacíos de los pollos, se atan y se les da la forma deseada. Una de mis amiguitas de Puebla —hermosísima y respetable dama que sin duda usted conoce— les da forma de corazones. Uno de mis asistentes, el capitán Navarrete, como es de artillería, les da forma de cañoncitos. Luego se ponen a cocer a la brasa blanca, y si van a servirse como entrada se le añade al cocimiento una buena esencia ligada.

A mí no me agrada preparada de esa manera. Yo prefiero llevarla en las alforjas cuando salgo toda la mañana sin la certeza de estar de regreso para el almuerzo. Algunas veces, con más frecuencia de la conveniente para mis costumbres bucólicas, las reuniones y conferencias de gobierno tienen lugar bajo algún árbol frondoso expuesto a los vientos o lluvias. Ahí escucho las inacabables peticiones de los lugareños, como si yo fuera un laico confesor itinerante que prodiga consuelos. Es entonces cuando este fiambrecito hace su oportuna aparición, ya que mientras los edecanes

organizan a los suplicantes, yo doy los mordiscos que me ayudan a resistir el embate de las letanías petitorias, adhesiones y desacatos que sufro cada vez que me expongo al público manoseo. Se trata de un bocadito de emergencia, no vaya usted a creer que se trata de otra cosa, con efectos que no rebasan los cuarenta minutos, pero que lleva hasta el cerebro los beneficios de la pimienta, avivadora de la inteligencia y del ingenio y que, por supuesto, permite seguir discutiendo y alegando durante un buen rato sin perder la lucidez. ¿Sabía usted, apreciado compadre, que aquí en México conseguimos pimienta de tres variedades? De Malabar, de Jambi y de Bilipatán. Esta última no me gusta porque es chiquita.

La pimienta ayuda a establecer el justo medio en el comportamiento de la gente y establece el equilibrio de sabores que, como natural consecuencia, aleja de las posiciones políticas extremosas y de los excesos del temperamento. Estoy convencido de que las especias condicionan en gran medida el comportamiento social de personas y grupos, pues si los sabores son débiles, hay apendejamiento y timidez apática de criminal pasividad. Cuando se toman en exceso hay ira y vociferaciones que se consumen en fuegos de artificio. El condimento y el ánimo deben encontrar el punto donde no se nuble la razón, donde el buen juicio impere sobre las membranas gástricas y por ende, incluso en las bancadas y coaliciones del congreso nacional.

Por otra parte, el temperamento, inflamado por el bárbaro chile, avasalla dogmas y pulveriza a la política. Los seguidores del picante son gente radical en la política, prontos para el madruguete y la traición artera, son ávidos de gloria y están siempre ansiosos de la caricia de la patria. Son los aliados impredecibles y ocasionales

de prelados ricos y ambiciosos y de militares de altos relumbres, amigos del cuartelazo. Para aplacar los ardores del chile en demasía no vacilan en meterse a las cervecerías populares, donde se codean con jefes de oficina y, entre botana y botana, tejen los negocitos centaveros tan necesarios para el auge de esta libertad recién parida por la Corregidora de Querétaro.

En el otro extremo, los desabridos catrines, debido a exagerado recogimiento y probidad mojigata, tienden a evitar toda excitación, desde la lengua hasta el pito, pasando por el alma. Esta gente se convierte en el obstáculo más estorboso para la buena marcha del país. Su constante veto a todo lo nuevo y su eterna animadversión hacia el goce y el progreso siempre atascarán las tripas y engranes de mi aparato de gobierno.

Probablemente, querido compadre, sea usted de los que se preguntan qué ordenaré en mi próximo decreto. Seriamente pienso ordenar hacer caso al más querido de nuestros sentidos, el que nos habla desde la boca. No hay que quebrase la cabeza ni hay necesidad de enfrascarse en inútiles disertaciones filosóficas ni políticas. Este sentido nuestro puede ejercitarse hasta en la más completa oscuridad, no necesita de luz ni de sonido. Sólo se requiere de algo que pueda olerse, mascarse, chuparse y tragarse.

Y a propósito: no es verdad que masticando despacio y muchas veces la digestión de los alimentos sea mejor. Falso. Falso de toda falsedad. No es cierto, compadre. Esa idea es un invento de los monárquicos muertos de hambre, que se consuelan manteniendo la comida más tiempo del conveniente dentro de la boca para hacerse las ilusiones de que comen mucho y ricamente, pero nomás daña el alimento al prolongar más de la cuenta el baño de

saliva, que solamente aguada la sustancia de las carnes. La saliva es muy perjudicial por su misma naturaleza espumante y flemosa, y sólo sirve para traer la boca humedecida y, en consecuencia, poder discursear largamente sin que se reseque la lengua, ese prodigio anatómico, verdadera bendición del Creador. Sin saliva, la garganta sufriría de atroces resequedades que harían enmudecer al mismo Demóstenes. Una arenga sin saliva es como una mujer sin salero, como un gallo sin enjundia, como una enchilada sin salsa. La saliva es el jugo del verbo y la savia de la elocuencia. Gobernante sin saliva es como pez fuera del agua, o como hombre al agua.

Si se mastica demasiado, la comida pierde su consistencia original. Los caldos deben ser fluidos y las carnes, fibrudas; las leches, cremosas y los cartílagos, elásticos; las tostadas, crocantes y los chorizos, boludos. Mucha saliva convierte todo en papilla sin chiste y sin cuerpo más digna de niño de teta que de hombre hecho y derecho. El diente debe sentir en lo que se hinca, el colmillo lo que desgarra y la muela lo que tritura. Estos son procedimientos que han de realizarse con la rapidez del conocedor del arte mayor del comer. La dentadura nomás debe fragmentar los nutrimentos en porciones de tamaño tragable, nunca moler como los rumiantes hasta transformar el bocado en un repugnante atole viscoso, del peor de los colores concebibles.

¿Qué es lo que sucede cuando se mastica en exceso? Tan sólo hay que mirar con atención los ejemplos que claramente nos ofrece madre natura. ¿Acaso los animales más lerdos no son precisamente los que rumian? ¿Qué hay más lerdo que una oveja o un buey? ¿No son los felinos los más chingones del reino animal? Tragan casi entera la presa, trozan y desgarran antes de engullir con rapidez. ¿Y

qué me dice usted de las águilas que, por cierto, figuran en muchos escudos imperiales?

Pero, mi muy estimado compadrito, la verdadera razón de esta misiva es la de invitarlo a comer el próximo domingo, ya que la familia estará ausente y, como todos saben, siento gran aversión a comer sin compañía, que es costumbre de bárbaros. Estoy plenamente convencido de que los alimentos han de ser tomados en grupo, en convivio, nunca en la soledad, como perros ariscos o hienas salvajes. Mientras más grande sea el grupo, más sabroso cae todo a la panza. No es lo mismo comer frente a una bella mujer, que hacerlo recordándola. En el primer caso, el proceso digestivo se ve favorecido; en el segundo, la melancolía fastidia los movimientos estomacales y enfría demasiado los jugos gástricos, resultando en una muy triste indigestión. A propósito, sírvase usted traer a su hermosa hija Rafaelita, que mucho adornará la mesa con su radiante y juvenil presencia. Sin embargo, recuerde usted que quienes tienen la suerte de sentarse a comer a mi mesa son informados de que no pueden sobremasticar en mi presencia, porque me molesta ver a los mascadores profesionales seguir impunes con su nocivo hábito. Se tardan más de la cuenta en pasar al siguiente platillo y van retrasando el ritmo en que se da el desfile de las viandas con el ritmo que a mí me gusta. No quiero ver de cerca esos remolones movimientos de quijada. Dinamismo en el comer, eso es lo mío.

La pimienta da un picor discreto que enerva sin enajenar, que ilustra los sabores de las carnes y ahuyenta la grisura lechienta del pollo hervido e insípido, cual doctrina republicanoide. Es bueno y es malo, según de donde usted lo mire. Pimienta es rozar los bordes

del ardor sin quemarse en el chicotero fuego de los chiles de árbol. Independencia es sal y libertad es pimienta. Sin ellas, todo sería como tragar carne cruda. Las votaciones en el congreso son como la proporción en el condimento: el pueblo es el cuerpo del guiso, como los frijoles, los garbanzos, arroz o pasta; los diputados son los aderezos y las especias. Luego una rociadita de vinagre democrático y otra de aceite autoritario… y el chef soy yo, por supuesto. Si no fuera así, el desastre nacional sobrevendría de inmediato, trastornándolo todo, como una calamidad social que llenaría de tristura a muchas comunidades extranjeras. Y es que las revoluciones pican mucho.

Suyo, A.L. de S.A.
P.S.: No olvide traer a Rafaelita.

Capítulo V
El sueño

St. Jacinto's dreamin'

Comenzando la modorra después de que apenas me llené el hueco de una muela con un ligero reconstituyente integrado por cuatro huevos crudos de gallina barrada, esas rayaditas en blanco y negro, que dan unos blanquillos pesados como piedras, como vejigas rellenas de aceite. Con dos o cuatro de estos huevos al día cualquier náufrago —como yo me siento durante estos días nauseabundos en que las multitudes parecen haberme olvidado— podría sobrevivir durante un gran número de años y años. Nunca hará presa de uno la debilidad física del cuerpo mientras no se disminuya la cantidad de huevos que comamos cada día. De tortuga, de guajolota, de gallina y hasta de lagarto, pero que no se pierda la

huevitud de nuestra personalidad nacional. Y después las tortillas con nata, pero todo ligerito. Bueno, también una probada de coñac, pero afortunada o desgraciadamente el sueño es un muy asiduo visitante de este servidor de Dios, de la patria y de mi pueblo. Nada quiero para mí.

Pero, no llego a explicarme la flojera. El taquito de las dos de la tarde sin siquiera bebidas generosas. Los huevitos crudos me los empujé con un vaso de jerez, pero no cuenta porque es parte del reconstituyente y no se toma por vicio, sino para que no se me debilitara la sangre. Cualquier gente de razón sabe que antes de un intenso trabajo es menester reconstituir las fuerzas del cuerpo mediante una adecuada nutrición basada en los frutos de los animales y las plantas. Luego de los huevos me trajeron una jarra llena de leche de cabra recién ordeñada y todavía humeando con el calor del animal, y como tenía sed la apuré de un solo golpe, quedando satisfecho mi apetito. Los tejanos estaban fijos en sus posiciones. Nada interesante pasaba.

Comunícate conmigo, Huichilobos. Tiéndeme la mano desde tu reino de espanto, desde tu poderoso trono de muerte y ayúdame a doblegar a todos los menguados del cerebro que pretenden, desde sus babeantes actitudes, arrebatarme con malas artes la más cara posesión. Dame chance de sacudirlos a mi gusto, pon algo de ferocidad en los rasgos de mi cara, una amenaza en la mirada, un relámpago en la pupila, un castigo en el tono de la voz. Permíteme chingarles la madre a todos los detractores malagradecidos, a esos que habiendo lamido mis botas para sacarles lustre, después se han atrevido —inmundas sabandijas— a convertirse en mis enemigos y, lo que resulta más repugnante, creer que son superiores a mí, a

mí, que los conocí cuando tragaban puros tacos de chile, cuando los saqué del arroyo para que aprendieran a hablar, a usar zapatos y ropa interior. Ahora resulta que van a salvar a la patria… de mí.

Ironía cruel y de mal gusto. Yo, que he tenido en mi mano la rienda del poder mexicano; yo, que he gozado de las musas nacionales, del aguamiel al sotol y del vino a la charanda; yo, que he sabido aspirar los vapores de las viñas tornasoladas de la California, que he sabido jugar con sus mujeres en las playas del Pacífico, no me pidan que añore los resabios de los jugosos magueyes de Toluca y del tequila de la Nueva Galicia, que raspa el gañote como pálida ceniza.

Yo, que he sabido tocar la fibra más privada y recóndita del alma meshica, he tenido que descender a defenderme de quienes no merecen de mí ni lo que doy a una cucaracha estercolera. Republicanos que no saben nada de la nobleza de la nobleza, que no entienden que la divinidad es divina.

Comuníqueme, comandante Castro, con nuestra muy Santísima Madre del Tepeyac, diga a sus asistentes que rueguen a los asistentes de la Señora que le pasen el recado, que se trata de un muy urgente asunto. Urgente y reverente. Que se refiere a las mortificaciones que sufre su patria mexicana, esa que Ella tanto amó y que tanto ha querido proteger desde que se nos reveló acá de este lado. Mientras me pasan la comunicación celestial, comandante, dígale usted a los ángeles que componen el servicio de la Señora, que las cosas de la tierra, concretamente de la América Mexicana, reclaman su consuelo y perdón, que desde que nos olvidó hemos estado muy abandonados y huérfanos durante unos muchísimos años. Recuérdeme recordar que debo confesarme, de preferencia

con el padre Montejaque, que debo lavar de pecados mi alma inmortal para que mis acciones lleven el signo de lo divino. Tome nota, comandante.

El pendejo de Castrillón está con la navaja en la mano, dudando en acortar las patillas, cuando se voltea para ver qué causa tales alborotos por el lado del río. El polvo le apelmaza los pelos de los cachetes y le da comezón, ya le han traído agua y está remojándose cuando oye los primeros tiros. Mira las nubecitas de humo y todavía cree que están matando a algún coyote. Sigue con la navaja. Le recomendé que se untara… todas las noches, pero…

Cuando me acuesto del lado izquierdo despierto sobresaltado y falto de resuello. Es como si de pronto alguna bruja maligna o algún genio muy pesado se posasen sobre mi humanidad impidiéndome cualquier movimiento o simple intento de respiración. En tales momentos parece que la vida abre un paréntesis para dar chance a la digestión de las anguilas frescas que mandó mi compadre Eulogio desde…

Pero no. No es tal. Sucede que debido a la digestión caprichosa que presento desde que cumplí los veinte, no me es dado el reposar el cuerpo echado sobre el flanco izquierdo. El flanco izquierdo de mi caballería ocupando posiciones equivocadas en el campo de batalla. ¿Acaso no sé organizar mis contingentes? ¿Qué le digo al médico ahora que se me presente? ¿Que me duele entre la sexta y séptima costillas, o que es entre la dos y la tres? ¿Que me duele el corazón por ser yo de puro azúcar veracruzano? ¿Qué le digo? Dígame, doctor. Dígame, médico: tengo un dolor de caballo que no me deja acomodar bien. Si me pongo un colchón debajo mi espalda cruje cual silla vieja, si trato de dormir sobre el suelo, sobre un

petate, siento un alivio momentáneo, pero a lo largo de las horas el dolor me impide cerrar los párpados, y es entonces cuando he de echar mano a una de las muchachas, para que me relajen las inquietudes y pueda apoyar mi cabeza sobre sus muslos, que es la altura ideal para una almohada.

Otra vez despierto a causa del sabor amargo en las orillas de la lengua. Hace un año ese desagradable amargor se me situaba en el nacimiento de la lengua, casi en el gañote. Ahora se ha desplazado a los bordes de mi apéndice del verbo y la delectación. Un viento con polvo está haciéndome cosquillas. Mis asistentes roncan y por el momento se olvidan de mi bienestar. Pobres, bien que se han rajado la madre para tenerme consideraciones extraordinarias, dados los medios de esta expedición. Los faisanes no pudieron ser mantenidos con vida después de tanto ajetreo, no sobrevivieron para esperar el día de la victoria y tener el honor de ser almorzados por mi ilustre persona y mi estado mayor.

Una siestecita. Un sueñito. El calor pica debajo del uniforme. Antes de recostarme sobre el mullido —en términos rústicos— lecho de campaña que mis generales prepararon para la siesta.

Capítulo VI
Fuereños

Desde antes que llegaran los fuereños ya se notaba cierta expectación en la casa grande de la hacienda. Otros días a esa hora sólo andaba por aquí gente de mucha confianza, los de la familia, los de la escolta personal del Señor y algunos de la servidumbre. En un día cualquiera, al sonar las ocho y media, todo mundo estaba ya en sus aposentos, las luces principales apagadas, el Jefe tenebreando con algunos de sus colaboradores en el despacho, pignorando el futuro nacional e hilvanando intrigas palaciegas. La señora de la casa, roncando. Los mosquitos, zumbando y nada que turbase la nocturna paz veracruzana. Sin embargo, ahora, al parecer casualmente, todo mundo circula por patios, corredores y jardines como si esperase que algo fuera a suceder. Probablemente fueron los rumores que de pronto se soltaron sin que nadie supiera de dónde

habían salido, o a lo mejor los visitantes sí habían acarreado presencias de otro mundo, quién sabe.

La visita de los tolucanos alentó rumores de magias y búsqueda de tesoros, se supone que para acelerar los logros del General que, si ya domina Veracruz y México, después podrá acrecentar su poder con ayuda de los descarnados de otros mundos. Entonces, gran parte del orbe podría quedar bajo dominio mexicano, pues con el imperio español ya desintegrado nosotros podríamos ser jefes, amos de otros continentes, que además están poblados por puros incapaces. Dice el General que en África sólo hay salvajes, en Arabia puros trapientos, en Asia nomás chales y en Europa todos se sienten aristócratas o revolucionarios. De todos no se hace uno, de modo que el gran proyecto no es tan descabellado. Con la ayuda de Norteamérica y de ciertas potencias del ultramundo, algo podría hacerse para que el planeta se adecente, o sea decente, como quiera la posteridad redactarlo.

Desde la mañana siguiente a la llegada de la pareja de visitantes, andaba ya mucha gente pendiente de sus deseos. Muy tempranito había comenzado un sonsonete de nunca acabar: que tienen frío, que quieren otras cobijas, que las colchas apestan como zaleas rancias, que las bacinicas están muy chiquitas, que no les gusta la leche tibia y menos si viene con natas flotantes, que la cama debe estar orientada con la cabecera hacia el norte, que se les antojaron unas tostadas de picadillo, que cambien otra vez las sábanas y que les lleven vino de Jerez para el desayuno, o si es posible, pulque.

A las sirvientas les daba mucho miedo atenderlos. Cuando la mujer pidió té de hojas de naranjo, le echó un chorrote de aguardiente y luego se lo bebió todo entre górgoros obscenos. A cada

rato soltaba unas feas risotadas y se quedaba mirando a las muchachas con los ojos bien colorados, para después perseguirlas y jalarles las trenzas.

Casi todo su primer día en la hacienda se les fue en pedir cosas de comer y beber, sin abandonar para nada las comodidades de su cuarto, de donde salía el ruido desgranado de los dados en el cubilete, las carcajadas y el olor de la mariguana. Tomasita, que era la criada más veterana, encargada de sacar los desechos sólidos y líquidos, pidió con gran respeto ser relevada del servicio de la pareja, que fuera a servirlos una que de preferencia estuviera loca, ya que a ella todavía le estremecía ver lo que se hacía dentro de ese cuarto, cuando la fuereña se retuerce como alimaña inmunda del infierno. Pedía amparo divino porque ya no sabía qué hacer, porque a cada rato debía cambiar sábanas y ya llevaban cinco cambios, y de las nuevas, las de lino, empapadas en vomitones y deyecciones de todos colores, oliendo como a sebo podrido de borrego. "¡Qué vergüenza, pues!", repetía, moviendo la cabeza.

Todos los de la hacienda y sus alrededores se hacían cruces sobre el motivo oculto tras la visita de la pareja. Nadie creyó que sólo venían a traer recetas de cocina y a dar clases de repostería a los oficiales de la guarnición presidencial.

Capítulo VII
Mire, señor cura

Mire, señor cura, si yo hiciera lo que me da la gana, sólo muy de vez en cuando me levantaría de la cama de caoba que me regaló don Cayetano Rubio, o de cualquiera de las hamacas de Yucatán que yo mismo instalé en Manga de Clavo, mi haciendita que es notable por su sencillez y deslumbra por su modestia, donde usted puede ser recibido como rey. Repito, si yo obedeciera a mis más nobles convicciones, dejaría todo mi trabajo en manos de la burocrática fauna que prolifera, medra y pulula en la capital de México. Personalmente, no quiero saber nada de la hipócrita vida capitalina, tan llena de recovecos mohosos y rincones poco ventilados, nido de intrigas venenosas y traiciones.

Yo desde chico fui gran observador, muy atento a todo, pura mirada de águila. Afortunadamente, mis sólidos principios morales

nunca permitieron que ni ojos ni oídos me fueran asaltados por todo eso que sale a nuestro encuentro en las calles: la lascivia, la impiedad o la blasfemia, que ruedan en las ciudades y se arrastran como el agua sucia del arroyo. El cieno nunca manchó ni mi calzado ni mi alma.

Al llegar a casa mi venerada madre me preguntaba si ese día había respetado a mis maestros, si había atendido a sus sabios consejos, que de por vida me guiarían. Mis respuestas fueron siempre afirmativas ante estas bondadosas preguntas. Cuando pequeño, mi regreso a casa desde la escuela mostraba mi presencia de ánimo. Nada de gritos en las calles, ordenaban los profesores. Nada de juegos y nada de tumultos, nada de alborotos, nada de disputas, ni pendencias, ni risas inconvenientes o ademanes groseros. Únicamente los niños ordinarios se detenían a jugar en la vereda o a jugar con palabrotas de arriero.

Mamá hacía atole algunas tardes. Movía el líquido con una cuchara de palo y esperaba mis respuestas. No, mamá, yo le decía, no he tenido conversaciones malas. Ella sabía que mi cabeza estaba llena de pura gramática, aritmética, física y geografía. En mi aula había tres pizarrones giratorios, un ábaco para enteros y otro para quebrados, un cosmógrafo y un gabinete de pesas y medidas. Los accesorios de los pizarrones eran un lienzo para borrar lo escrito, dos escuadras de madera, una regla y un compás. Una infancia de aprendizaje en la vida austera de este futuro hombre para la patria.

Pero, le estaba diciendo, señor cura, que los oficinistas del gobierno se queden en la capital. Yo puedo gobernar aposentado en la rústica comodidad de mi casona, redactando partes, manifiestos,

decretos, bandos y despachos que volarán a México en raudos correos, pegasos vernáculos. Aquí estoy a mis anchas. Aquí moran y campean mis mejores gallos de pelea con sus gallinas y polluelos, todos ellos de finas y variadas razas, que compiten con dignidad en los palenques y ferias más afamados. De Puebla se trajeron los trofeos después de vencer a los gallos de don Epitacio Reyes. En La Barca derrotaron a los famosos giros de don Mucio Velasco, celebrado criador jalisciense y gran jugador de baraja. Igualmente hemos triunfado muchas veces en Coroneo y Zapotlán. Mis gallitos no tienen rival, siempre retornan cubiertos de gloria y con algunos miles de pesos fuertes para mis arcas personales.

En las ferias, mi gente, mis animales y yo hemos vencido a galleros y apostadores de toda laya y procedencia, desde callados potosinos, ingenuos michoacanos y alborotados guanajuatenses, hasta las carretadas de fulleros capitalinos ansiosos de trampa y desmanes. ¡Todos me han hecho los mandados! Los que apuestan por mis gallos quedan siempre satisfechos y pidiendo más de lo mismo. Estos gallitos, ya aclimatados a estas regiones, son verdaderos campeones. Mi mejor ejemplar es uno de la estirpe llamada Ardor Griego, de color *punkin*, algo así como amarillo canario. Los vigilo durante buena parte del día.

Los oigo desde los primeros kikirikises que me sacan de los sueños y después cuido pacientemente las atenciones que reciben, sus paseos, los masajes y todo lo demás. Por eso, cuando me autoexamino críticamente, me doy cuenta de que, de no haberme llevado las circunstancias al servicio de la patria, mi segura vocación hubiera sido la de gallero. Así se manifiesta mi yo apacible, de tendencias más bien bucólicas y silvestres.

Y el gallo Cacalote que no quiere pelear. Ayer en la mañana me dijo que ya estaba hasta el copete de las riñas, de su sangrienta rutina y de su ambientito de putas y tahúres. Ya desde la feria de San Miguel andaba de latoso con esa idea. Que le dolía el pico, que le molestaba el humo del tabaco y que las estridencias de músicos y cantadoras le atolondraban hasta el punto de querer huir ante el enemigo. No me explico qué pudo haberle pasado a su natural agresividad, a su aguerrido carácter y a su indomable casta. El gallo Cacalote ahora quiere dedicarse al canto puro. Quiere retirarse.

Capítulo VIII
Muy adentro de Antonio

Muy adentro de Antonio, en los recovecos de un escondido intestino, un chilito estalla en explosión de burbuja quemada, liberando humores ácidos y corrosivos. Chile que tragó sin masticar y que por azar llega intacto en medio de una bola de manteca de tocinos, hasta los pálidos ductos de la panza inferior, donde se fragmenta como las granadas, coleteando como torito de pirotecnia. El pulque, en denso torrente, no pudo neutralizar los destrozos de la tripa. En lo más pesado de su sueño mira a los miles de léperos que parecen conducidos por aguas desbordadas, corren tropezando con restos de carruajes y muebles abandonados. Corren y van rompiendo puertas y vidrieras, se abalanzan sobre zapatos y corsés, pelucas y polvos perfumados. Una mujer enloquecida destroza la cabeza de un gendarme con repetidos golpes de una plancha de hierro. En el

quicio de un portón, un hombre agoniza con la barriga agujereada por las balas yanquis. Abraza un botín de tres candelabros de bronce. La turba corre hacia ninguna parte, da bandazos sin dirección coherente, como de los hijos del desorden.

"¡Somos los hijos del desorden!", grita el General, despertándose bruscamente.

Ha pasado la noche diciendo barbaridades y gritando blasfemias de toda laya, como de boca de infierno. Ha estado repitiendo que todos vayamos a chingar a nuestras madres. En lo que va de la desvelada ha evacuado aguas fétidas y trementinosas a más no poder.

Dice que nomás nos esperemos unos años y que entonces sí vamos a ir todos a chingar a nuestras putas madres otra vez. Jura y perjura que ya nunca va a atiborrarse de pescado antes de llegar al consomé de borrego, ni ponerle a flotar cuatro huevos crudos de guajolota. Ha vociferado que vamos a pagar con creces el no comprenderlo y que seguiremos por los siglos de los siglos chingando a nuestras madres eternamente si no le hacemos caso.

Ya casi amaneciendo, cuando el gallo Cacalote empezaba a cantar anunciando el día, el hombre fuerte había llenado trece bacinicas de las grandes. En su entrecortado sueño llamaba a los tejanos, a los ventrudos clérigos cada vez que se requintaba el nudo de las tripas. Prometía misas y rogativas a todos los santos del naciente día: a san Isaías profeta, a Dominica virgen, a Lucía y Severino, todos mártires. Duele.

"Lo que quieran, santos, lo que quieran. Prometo tres custodias de oro para la arquidiócesis de México, túnicas bordadas en oro para san Diódoro y para Goar, presbítero y mártir. Que las nieblas de la sierra me nublen el dolor".

Teódulo el boticario estudia con ojillos profesionales la barriga blancuzca mientras le da masaje con ungüento nicerobino. Pide con amabilidad que se abran todas las ventanas de par en par, porque ni él mismo puede soportar la hedentina. El aire del amanecer purifica el ambiente. El Señor ya ronca de nuevo, frunciendo el ceño por la dolencia que le pica desde lo más recóndito del sueño, de su sueño nacional.

La muchacha que trajo la vigésima tisana de yerbas cayó fulminada al respirar el aire cargado de la alcoba. Rodó al suelo dejando caer charola, taza china y cucharilla de plata. El ruido rompe el sopor de Antonio, que mira a la muchacha desmayada, sobre el piso y estorbando el paso de los asistentes que entran y salen con las bacinicas y licores medicinales. El General se ha enfurecido por la interrupción del sueño bienhechor que daba tregua a los retortijones. Al reparar en la muchacha, que es atendida por el boticario, hace lugar en su cama para que la acuesten ahí. Una vez que la han tendido a su lado le acaricia los pechos y trata de reanimarla dándole buches de anís de boca a boca. Le da cachetaditas para que despierte.

La joven emerge del desmayo y se incorpora, avergonzada, escupiendo el licor revuelto con saliva de don Antonio, con las mejillas pegosteosas embarradas de amarillo, como si hubiera comido mangos.

Capítulo IX
El espejito

El espejito donde se mira el capitán Solares cuelga de un clavo en la pared, cerca de la vela encendida que rompe la oscuridad de la madrugada. A la temblorosa luz con que se rasura la barba, vislumbra sólo partes muy reducidas de las mejillas, cuadritos de piel que van quedando de uno en uno libres de cerdas, por eso ya entrado el día parece tener cachetes cuadriculados, como los jardineros dejan los prados en los parques de lujo.

"Ahora sí, cabrón, a moverse", dice al pedazo de imagen en el espejo mientras termina de vestirse. Luego recoge la pistola de la mesa de noche y camina de puntillas hasta la puerta del cuarto para no despertar a la muchacha que duerme profundamente en el catre.

Precaución innecesaria. Ramoncita sigue y seguirá roncando hasta las cinco y media cuando, como de costumbre, se despertará bruscamente para salir corriendo a la cocina, derechito a los regaños de Mamá Bernardina, la cocinera más vieja.

Una vez fuera, Solares constata que las luces de los corredores estén todavía encendidas, porque aquí nunca se permite la oscuridad. El General quiere que su casa parezca una eterna luminaria que durante la noche pueda ser vista desde la distancia. No tolera las penumbras de ninguna clase. "Hijos de la chingada", les ha dicho. "¡Mandaré azotar al que se le olvide que quiero mucha luz, siempre!".

El ambiente aún tiene la humedad del amanecer. Un leve tinte rosado se asoma detrás de los árboles de la calzada. Al pasar frente al cuartelillo de la entrada principal vuelve a sentir ese familiar golpe de envidia hacia el otro oficial que radica en la casa, Andreu, el compañero de armas y gran cuate, el hermano que no tuvo, el que pasó a Ramona en sus brazos después de gozarla y convencerla de que Solaritos es puro bombón criollo y, como buen hijo de andaluza y valenciano, finísimo ultramarino de importación.

Solares se considera como un tipo de mucho prevenir. A los veintiún años ya es capitán de caballería, y, por si fuera poco, está asignado al servicio personal del Jefe de México.

Carajo, ha recibido cientos de muy merecidas satisfacciones, ha entablado invaluables relaciones con personajes de la Iglesia, de las armas y de la política, sabe ya mucho de todo eso que nadie entiende, pero que se manifiesta en monedas de oro y en la casi mágica adquisición de un halo que parece adornar su cabeza y hace que todos lo traten de Señor y se hagan chiquitos ante su presencia.

También muchas gratificaciones de parte de las manadas de untuosos solicitantes de audiencia con el mero Jefe, adquiere cada vez más prestigio acá en provincia y mucha influencia en la capital de la nación.

Por ejemplo, los tres caballos de su propiedad, dos alazanes y un tordillo, están alojados en las caballerizas presidenciales y como todos sus gastos son a expensas de la casa serenísima puede ahorrar la paga, cuando ésta llega a tiempo.

Hay una que otra deuda de juego, entre caballeros, por supuesto, pero nada grave ni que amenace el honor. En resumen, oportunidades sin fin. "El país es joven y somos hijos consentidos. Consentidísimos", piensa.

La envidia también le corroe el estómago porque Andreu está mejor dotado para cuestiones puramente militares. A Solares le interesa más la administración de la casa grande y demás menesteres protocolarios; mientras Andreu se sabe al dedillo todas las ordenanzas y puede recitar de memoria el manual de deberes y obligaciones militares con toda la retahíla de redobles, izamientos, arriamientos de banderas y todo eso de insignias, dianas e himnos. Envidia. Ese es asunto que habrá de ser tratado oportunamente con el confesor.

Apenas las cinco de la mañana y albergando ya los malos sentimientos hacia el compañero. Aprieta el paso y se abotona el cuello de la guerrera. El rocío brilla sobre las hojas y flores del jardín. Por ser martes, el desayuno consiste en platillos a base de huevo.

Los martes son días de huevos. Al llegar al segundo patio percibe desde lejos el fulgor de las brasas recién avivadas en el brasero principal. El fuego que alimenta los carbunclos da un amarillo brillante

con resplandores rojizos sobre los rostros de las mujeres que cocinan. Sobre tres comales se cuecen las tortillas del Patrón, chiquitas y delicadas, después envueltas en servilletas de encaje. "Por si se le antoja un taquito, aunque sea de sal, cuando abra los ojos".

Las sirvientas más jóvenes, las casi niñas, muelen chiles y jitomates en dos molcajetes. "Ojalá, chilitos, enchilen ustedes al General", repiten con tonadilla infantil mientras trabajan afanosamente en los morteros de piedra.

Solares entra a la cocina frotándose las manos y observa con expresión ausente los movimientos de las mujeres. Lo que su cuerpo pide es un trago de aguardiente que le sacuda los entresijos. Después de una noche con Ramoncita es necesario doble esfuerzo para estar despierto a estas horas.

"A ver, doña Bernardina, vamos a prepararle al Caudillo un buen caldo pectoral", ordena. Aunque sabe que tal caldo no es el indicado para esta hora, se arriesga y ordena que se mate al pollo que necesita para prepararlo. Debe estar despejado para justificar la decisión, tiene que despertar por completo. Bebe café con piquete, recordando que la víspera el Jefe estaba carraspeador y gargajeante, anuncio de un amanecer atareado. Al mandar ejecutar el pollo para el caldo sintió remordimientos, que desechó al darse cuenta de que algún enemigo podría fusilarlo a él mismo a causa de cualquier pendejada y sin la menor pena.

"Este caldito tiene la virtud de fortalecer las vías respiratorias y reconstituye las energías que se desgastan al toser", reflexiona. Lo prepara haciendo cocer pollo ya destripado, con iguales cantidades de arroz, cebolla mondada y miel virgen. Después de espumado lo dejará en la lumbre hasta que se le consuma una tercera parte.

Este capitán sabe que se arriesga mucho, pues en los Proyectos Especiales Sobre Cocina Deliciosa Oficial, los ya famosos PESCADOS, redactados por el jefe de gabinete del prohombre, se establecen rígidamente los horarios para cada uno de los refrescos, golosinas y refrigerios que se sirvan fuera de las comidas formales de la casa.

El caldo pectoral aparece en el folio CP0100 y en su artículo único establece que se prepare "para ser servido en caso de despertar entre la una y las tres de la mañana. No pica ni contiene carnes rojas, y sólo restaura muy ligeramente, como para poder seguir durmiendo sin ninguna incomodidad".

Servir el caldito a las seis cuarenta y cinco, como se dispone a hacerlo, implica una grave contravención a los PESCADOS, hecho que se castiga con multas, arrestos disciplinarios y trabajos forzados. "Y en caso de duda, chance y hasta me manden fusilar", murmura entre dientes.

Capítulo X
Un par de moscas se acercan

Un par de moscas se acercan sobrevolando las cortezas de queso que cayeron en el mapa de Tejas, olvidado sobre la mesa del comedor. Circunvolucionan las migajas por el Golfo hasta la Florida. El aire de la siesta aplana la voluntad después de la comida fuerte del mediodía, que en realidad se sirve a las tres de la tarde, luego de algunas libaciones. Las campanillas del reloj del salón sonaron las cuatro y media y después las cinco. Son horas alargadas en los ronquidos del Presidente de México, refugiado de los resplandores tras los postigos cerrados, con el sol amortiguado por las pesadas cortinas hasta las seis, hora de una cabalgata vespertina.

Las campanillas del reloj vibran hasta lo profundo del ensueño vinoso. La solemnidad de la vida militar tiene que demostrar públicamente la disciplina y la educación. De su boca escurre un espeso

arroyito lechoso que se va encostrando a los lados del mentón y cuello, hasta las lonjas de la precoz papada y las solapas de la blusa de seda color verde esmeralda.

Respiración pesada, arrullada por los ruidos espesos del estómago de Su Excelencia, sobre los tiernos y jugosos despojos de unos pobres animales sacrificados para placer de su lengua. Festividades y pláticas alusivas. Tedeum. Peleas de gallos. Ferias. Barajas.

Una delicada mano limpia el sudor de la ilustre frente con un pañuelo bordado con signos zodiacales.

Capítulo XI
Polvo

Cabe mucho polvo entre la ropa y mi cuerpo. Tanto polvo hay que no puedo ni vislumbrar a los jinetes que me siguen en lenta y ceremoniosa caravana. Por más que me limpio y me restriego la frente, narices y mejillas con el pañuelo tieso, el sudor y el sebo se pegostean sobre la cara.

Estamos en retorno triunfal a la capital. Nadie habla. Yo no hablo. Hemos ganado y hemos perdido, ganamos algo y lo perdimos todo. El terreno bajo nuestros pies parece una costra de sangre seca, como de muchos años.

Mi diccionario de cocina se deteriora con rapidez en estas condiciones. Sus cubiertas se tuercen y las páginas se resecan. Cada vez me cuesta más trabajo consultarlo y sacar provecho de él. Me

angustio y nadie me orienta. Mis generales se hacen los disimulados y encargan el asunto a los coroneles y así hasta llegar a los sargentos.

No me comprenden, me dejan solo porque la patria les vale madres. Es entonces cuando los odio por mostrarse tan mezquinos y tan indiferentes a todo lo que no sea su diario taco de cecina de caballo y su ración de mezcal. Sólo les interesa cuidar de las carretas que acarrean su parte del botín. Andan borrachos todo el día y se quedan dormidos sobre la cabalgadura. No les importa el cuidado de mi precioso libro. Yo los regaño y ordeno: "¡Cuiden ese libro, cabrones! ¡Vale más que cualquier Biblia protestante de tejanos!".

Gestos polvorientos. Agua y mezquites para masticar. Hace dos semanas mandé unos adelantados a pactar con clérigos y politicastros, la hez del altiplano mexicano, para que me preparen los tedeum y construyan los arcos del triunfo, las verbenas, banquetes y fiestas.

¡Puta madre, cómo cuesta ser héroe reconocido!

Índice

7 Presentación

15 Capítulo I. Aquel banquete

23 Capítulo II. Cabalgan

37 Capítulo III. Chicharrones truenan

45 Capítulo IV. Compadre

53 Capítulo V. El sueño

59 Capítulo VI. Fuereños

63 Capítulo VII. Mire, señor cura

67 Capítulo VIII. Muy adentro de Antonio

71 Capítulo IX. El espejito

77 Capítulo X. Un par de moscas se acercan

79 Capítulo XI. Polvo

El

vuelo de la hilacha,

de Carlos Olvera, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata, Patricia Maawad Robert y Porfirio Hernández. Editor responsable: Félix Suárez.